



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXVII



UÉ paseo el suyo por las húmedas y encharcadas márgenes del Avieiro! Iba unas veces de prisa, sin causa alguna que le obligase á acelerar su marcha, y otras, también sin motivo, se paraba, quedándose con los ojos clavados en algún objeto; pero, en realidad, no viéndolo poco ni mucho... Un remordimiento, un pesar roedor, le mordía el corazón cuando recordaba el pasado: así como al naufragar un buque cada náufrago lamenta especialmente, la pérdida de un objeto que á todos prefería, así Segundo, del ayer desvanecido ya, sólo echaba de menos un instante; un instante que quisiera á toda costa revivir; el del precipicio; el momento en que pudo conseguir digna y gloriosa muerte, arrastrando consigo al abismo la noble carga de sus ilusiones,

y el cuerpo de una mujer que sólo en aquel minuto inolvidable pudo amarle de veras...

¡Cobarde entonces y cobarde hoy! pensaba el poeta, llamando en su ayuda desesperadas resoluciones, y no encontrando el valor indispensable para abrazarse de una vez al agua fría y fangosa... ¡Qué horas! Borracho de dolor, se sentó en las piedras, á la orilla del río, mirando con idiota fijeza cómo las gotas de agua de lluvia, al ir cayendo en diagonal del cielo gris, hacían en el río unos círculos que trataban de prolongarse, y no lo conseguían, porque otros infinitos círculos iguales se tropezaban con ellos, y se mezclaban, y se deshacían, y se renovaban incesantemente, y volvían á nacer, y á confundirse, marcando en la sobrehoz del río unos dibujos ondulantes, muy parecidos á esa labor de la plata que llaman *guilloché*... No notaba siquiera el poeta que aquellas mismas gotas que sobre el Avieiro rebotaban espesas y frecuentes, descargaban también sobre su sombrero y hombros, escurrían á la frente, se introducían por el cuello, se colaban entre la ropa y la carne. Lo observó así que la demasiada frialdad le hizo estremecerse, levantarse y tomar á tardo paso el camino de su casa, donde ya todo el mundo había comido y nadie le ofreció una taza de caldo.

A los dos ó tres días se le declaró una fiebre-cilla, ligera al pronto, luego más grave. *Tropiezo* la calificó de *gástrica* y *catarral*; la sinceridad obliga á decir que le administró remedios no enteramente desacertados: esto de las fiebres gástricas y catarrales es para los médicos prácticos una bendición de Dios, un campo glorioso donde suelen contar por victorias las jornadas; un camino trillado en que no corren riesgo de extraviarse. Por allí no se irá al desconocido polo de la ciencia, pero al menos no se va tampoco á despeñadero alguno...

Salía *Tropiezo* una noche de visitar á Segundo, é iba muy arrebujaado en su bufanda. A la puerta misma del abogado, de entre la sombra que proyectaba el paredón contiguo, se destacó una mujer, en pelo, vestida con una bata vieja. Lo claro de la noche permitió á don Fermín ver sus facciones, y no sin trabajo reconoció á Leocadia, tal estaba la pobre maestra de desfigurada, mudada y envejecida. Se leía en su semblante la más viva ansiedad cuando preguntó al médico:

—¿Y que tal, don Fermín? ¿Cómo le va á Segundo?

—¡Ah! Buenas noches, Leocadia... Sabe que al pronto no me hacía yo cargo... Bien, mujer, bien; no se apure. Hoy mandé que le diesen ya un pucherito y una sopa... No valió nada la

cosa: una mojadura... Pero el rapaz es algo caviloso, y le entró tal tristeza y tal abatimiento, que pensé que nunca iba á volverle el apetito... En este tiempo hay que abrigarse: tenemos un día bueno y luego, cuando menos se piensa, carga el agua y el frío otra vez... ¿Y V. cómo lo pasa? Me dijeron que tampoco andaba buena... Hay que cuidarse, mujer.

—Yo no tengo duda, don Fermín.

—Pues más vale así... ¿Noticias del rapaz?

—Allá por Orense... el pobre... No se acostumbra.

—Ya se irá acostumbrando. Ya se ve... estaba hecho á los mimos... Vaya, Leocadia, abur. Váyase á su casa, mujer, váyase á su casa.

Don Fermín se alejó, subiéndose la bufanda hasta la nariz. Aquella mujer estaba loca: ¡pues no le había dado poco fuerte el cariño! ¡Y qué deshecha, qué acabada en meses! Las viejas aún se enamoran más que las rapazas. Él había estado prudente, muy prudente, en no contarle los planes nuevos de Segundo... ¡Era capaz de allanar la casa si tal supiese! No, silencio, silencio. En boca cerrada no entran moscas. Que lo averiguase por otro lado, por él no. Y con tan sanas ideas y honrados propósitos, *Tropiezo* llegó á la tertulia de Agonde, y al cabo de un cuarto de hora de sesión desembuchó la nue-

va. Segundo García se marchaba á América á probar fortuna. Así que sanase del todo, por supuesto... Iría á la Coruña á tomar el vapor.

Fué ocasión propicia para que la tertulia en pleno lamentase una vez más el fallecimiento de D. Victoriano Andrés de la Comba, protector y padre de todos los vilamortanos sin colocación, diputado útil y agente infatigable de la comarca... A vivir él, no se iría seguramente un muchacho de tanto mérito, un poeta—aquella noche toda la tertulia convenía en que Segundo tenía mérito y era poeta—á cruzar los procelosos mares en busca de una posición decente... Pero desde que le faltaba D. Victoriano, Vilamorta carecía de eco en las regiones del favor y la influencia, pues el señorito de Romero, actual dueño del distrito, pertenecía á la raza de los diputados dóciles que no se imponen al Gobierno, que acuden á votar cuando se les llama, y se tasan á bajo precio, cotizándose apenas al de unos cuantos estanquillos y media docena de credenciales por legislatura... Agonde se desquitó aquella noche, espaciándose por el terreno de su conversación favorita, que era renegar del funesto influjo eufrasiano, culpable de que Vilamorta decayese y su juventud emigrase al nuevo mundo... El boticario expuso sus teorías: á él le gustaba que los diputados vol-

viesen por el distrito: ¿de qué servían si no? Para él, el ideal del diputado era aquel famoso hombre político á quien el barbero del pueblo que representaba había pedido un destino, fundándose en que, por culpa del reparto de credenciales entre todas las personas de su posición del pueblo, no le quedaban ya parroquianos que afeitar, y se moría de hambre... En esto intervino el alcalde diciendo que él sabía de buena tinta que el señorito de Romero pensaba interesarse muy de veras por Vilamorta; lo confirmó el dulcero y algunos de los presentes, y promovióse un altercado que demostró de modo irrefragable que á diputado muerto no hay amigos, y que el nuevo representante del país tenía ya en el mismo foco de los antiguos radicales combistas sus paniaguados y devotos.



XXVIII

EL *Cisne* ha dejado su lago natal ó mejor dicho, su charca: ha cruzado el Atlántico en alas del vapor. ¿Volverá algún día? ¿Regresará con el rostro amarillento, el hígado estropeado, con algunos miles de duros en letras, guardados en la cartera, á concluir sus días donde los empezó, así como el buque desvencijado por las tempestades viene á recibir la última carena en el astillero en que fué construído? ¿Le sorprenderá á la entrada del continente joven ese temeroso mal antillano, verdugo de los iberos que tratan de emular á Colón conquistando á América, *el vómito negro*? ¿Se quedará por las zonas tropicales arrastrando coche, unido en matrimonial vínculo con alguna criolla? ¿Llegará á presidir cualquiera de esas re-

públicas minúsculas, donde los doctores son generales y los generales doctores? ¿Se curarán sus melancolías al salitroso beso del aura marina, al contacto de tierras vírgenes, al duro acicate de la necesidad que, empujándole á la lucha, le dirá: trabaja?

Acaso algún día narrará la historia las metamorfosis del *Cisne*, su odisea y sus vicisitudes; sólo que es necesario que corran los años, pues aún fué ayer, como si dijéramos, cuando salió de Vilamorta Segundo García, dejando á la maestra de escuela hecha un mar de lágrimas. Y esto de la maestra es el único cabo suelto de la crónica del *Cisne* que en la actualidad podemos recoger.

Mucho dió que hablar Leocadia en Vilamorta. Estaba enferma, según unos; según otros, arruinada; y según bastantes, no muy cabal de juicio. Viéronla rondar la casa de Segundo varias noches, durante la enfermedad del poeta; se aseguraba que había vendido sus bienes, y que tenía su casita hipotecada á Clodio Genday; pero lo más extraño de todo, lo que acerbamente se censuraba, era el abandono en que dejaba á su hijo, después de haberlo cuidado y mimado tanto de pequeño, no yendo á verle ni un solo día á Orense, al paso que la vieja Flores iba sin cesar y á cada paso daba peores nue-

vas del chiquillo: que se consumía, que echaba sangre por la boca, que se moría de tristeza... que no duraría un mes... Leocadia, al oírlo, dejaba caer la barba sobre el pecho, y algunas veces se movían convulsivamente sus hombros, como si sollozase... Por lo demás, solía aparecer tranquila, aunque muy callada, y sin la actividad habitual en ella. Ayudaba á Flores en la cocina, atendía á las niñas de la escuela, barría, todo lo mismo que un autómatas, y Flores, que la espiaba cruelmente para tomar nota de sus distracciones, se complacía en gritarle:

— Mujer, has dejado sucio este lado de la sartén... Mujer, no has cosido el roto de la saya... Mujer, ¿en qué piensas? Hoy voy á Orense; tienes tú que cuidar del puchero...

A fines del verano, Clodio pidió los réditos de su empréstito, y Leocadia no pudo pagarlos; por lo cual se le anunció que el acreedor estaba en su derecho al reclamar la finca previos los trámites legales. Fué aquel un golpe terrible para Leocadia.

Acontece á veces que un prisionero, insigne personaje, rey quizás, confinado por reveses de la suerte en estrecha mazmorra, despojado de sus grandezas, privado de cuanto constituía su dicha, pasa años sobrellevando con resignación sus males, aunque abatido, sereno... Y si un día,

por un refinamiento de crueldad de los carceleros, se le quita á ese resignado preso un dije, un objeto, una fruslería con la cual llegó á encarnarse... el dolor contenido se desborda y sobrevienen los extremos de la desesperación. Algo parecido le sucedió á Leocadia, cuando supo que era preciso abandonar para siempre aquella casita amada, donde había pasado con Segundo horas únicas en su existencia; aquella casita dirigida por ella, reconstruída con sus ahorros; aquella casita limpia y primorosa ayer, todo su orgullo...

Flores la oyó muchas noches llorar á gritos; pero cuando alguna vez, movida á compasión involuntaria, entró la vieja á preguntarle qué sucedía, ó si quería algo, Leocadia tapándose con la ropa solía responderle en voz sorda:—No tengo nada... mujer, déjame dormir... ¡Ni dormir me dejas!

Mostró aquellos días gran versatilidad é hizo mil planes; habló de irse á vivir á Orense, dejando la escuela y poniéndose á coser en casa; habló también de aceptar las proposiciones de Clodio Genday, que habiendo despedido á su criadita moza, no se sabe porqué, ofrecía á Leocadia tomarla de ama de llaves, con lo cual se quedaría en su propio domicilio, eliminando por supuesto á Flores. Todas estas resoluciones

duraron breve tiempo, y fueron desechadas para adoptar otras no menos efímeras; y con la serie de proyectos y cambios, el tiempo se apresuraba y Leocadia se hallaría pronto sin asilo.

Un día de feria salió Leocadia á comprar diversas cosas que Flores necesitaba urgentemente: entre otras, un cedazo y una chocolatera nueva, porque la suya estaba ya inservible. El vaivén del gentío, los empujones de los vendedores, la luz clara del sol otoñal, le mareaban un tanto la cabeza, débil con las vigiliass, con el poco comer y el mucho sufrir. Paróse delante del puesto en que se vendían los cedazos. Era una especie de cajón de sastre, y allí se feriaban mil baratijas, cachibaches indispensables, como molinillos, sartenes, cazos, jeringas, aparatos de petróleo, y en una esquina, dos mercancías muy solicitadas del público en aquel país, consistentes en unos papelitos color de rosa claro, y blandos como el papel de estraza, y unos polvos blancuzcos, de un blanco sospechoso, parecidos á averiada harina. Leocadia fijó sus ojos en ellos, y al punto la vendedora, creyendo que los deseaba, empezó á ponderarle sus cualidades, explicándole que los retacitos rosa, humedecidos y puestos en un plato, no dejaban mosca que allí no feneciese, y que los polvos blancos eran *séneca* para matar ratones, dándosela

en ciertas bolitas de queso bien preparadas... Como Leocadia le pidiese tanto así de los polvos, preguntándole cuánto costaban, la mujer alardeó de generosa, y cogiendo con una espátula un buen puñado de polvitos se lo entregó envuelto en un papel, por no sé qué friolera de cuartos. Poco, en efecto, valía la droga, común en el país, donde el arsénico nativo abunda en los espatos calizos que forman una de las vertientes del Avieiro, y el ácido arsenioso, el *mataratones*, se vende libremente, más que en la botica, en las ferias. La maestra se guardó sus polvos, compró por deferencia media docena de papelitos rosa, y al volver á su casa, entregó puntualmente á Flores los objetos encargados.

Flores notó que después de comer se encerraba Leocadia en su dormitorio, donde la oyó hablar alto, como si rezase. Habituada á sus rarezas no lo extrañó. Terminado el rezo, la maestra salió al balcón, y estuvo un largo rato mirando los tientos; pasó á la sala y contempló otra buena pieza el sofá, las sillas, la mesita, los lugares que recordaban su historia. En seguida la vió Flores penetrar en la cocina... La vieja aseguraba después, —¿pero en tales casos, quién renuncia á preciarse de zahorí?— que ya le llamó á ella la atención aquel modo de entrar...

—¿Tienes ahí agua fresca?

—Sí, mujer.

—Dame un vasito.

Flores declaraba que al coger el vaso, la mano de la maestra temblaba como si tuviese alfeceía; y lo más singular fué que, no llevando el vaso azúcar, Leocadia cogió una cuchara de boj y la metió dentro...

Sin embargo, hasta de allí á una hora ú hora y media, no oyó Flores á Leocadia gemir... Se coló en el cuarto y la vió sobre la cama, con un color que ponía miedo; violentas náuseas levantaban su pecho acongojado, y tras de las náuseas y las arcadas y los convulsivos esfuerzos para vomitar, un frío sudor inundaba la frente de la enferma y se quedaba sin movimiento ni voz... Flores, espantada, salió corriendo en busca de don Fermín. Que se apurase, que esto no era de broma... Cuando vino don Fermín todo sofocado y preguntó:

—¿Pero vamos á ver, Leocadia, qué es esto? ¿Qué tiene, mujer? ¿qué tiene?

Ella, entreabriendo sus dilatados ojos, murmuró:

—Nada, don Fermín... Nada.

A la cabecera de la cama estaba el vaso, sin agua ya, pero con una capa de polvos blancos adheridos al fondo y raspados á trechos por la cucharilla, pues el agua no había podido di-

solverlos y la maestra no quería dejarlos allí...

Conviene que también en esta ocasión declaramos que el insigne *Tropiezo* no dió ninguno en el expedito camino del tratamiento de tan sencillo caso. Ya había reñido *Tropiezo* algunas batallas más con aquella vulgar sustancia tóxica, y conocía sus mañas: acudió sin vacilar á los enérgicos vomitivos, al emético, al aceite... Sólo que el veneno, más listo que él, había pasado ya á la circulación, y corría por las venas de la maestra, helándolas... Cuando las náuseas y los vómitos cesaron, sobre la mortal palidez de Leocadia asomaron unas manchillas rojas, una erupción semejante á la escarlatina... Duró este síntoma hasta que vino la muerte á desatar aquel triste espíritu y emanciparlo de sus padecimientos, que fué al amanecer.

Poco antes de espirar, en un momento de calma, Leocadia hizo una señal á Flores, y le dijo al oído:

— Dame palabra... que no lo sabrá el chiquillo, ¿eh?... ¡Por el alma de tu madre no le digas... no le digas el modo de mi muerte!

Pocos días después, defendíase *Tropiezo* en la tertulia de Agonde, en la cual, por gusto de hacerle rabiarse, le achacaban la desgracia de la maestra.

— Una, que me llamaron tarde, muy tarde,

cuando ya la mujer estaba casi en la agonía... Otra, señores, que se tomó una cantidad de arsénico, que ni era tanta que la pudiese arrojar, ni tan poca que le produjese un coliquito y quedase despachada... Si tomase más, era más fácil gobernarlo, señores. En lo que no estuve muy acertado fué en no llamar antes al cura... Lo hice con buena intención, por no asustarla, y por si la íbamos sacando adelante... Cuando le pusieron la *extrema*, ya no daba á pie ni á pierna...

— ¡De modo, murmuró malignamente Agonde, que con V, ó el cuerpo ó el alma no se libran de un *tropiezo*!

Celebró la tertulia el dicho, y hubo chanzas fúnebres y frases compasivas. Clodio Genday, el acreedor de la difunta, se agitaba en el asiento. ¡Qué conversación más tonta! ¡Hablar de cosas alegres, canario!

Se habló, en efecto, de cosas alegres y satisfactorias: el señorito de Romero había ofrecido poner en Vilamorta estación telegráfica; y también se decía mucho en los papeles que la importancia vitícola del Borde reclamaba un ramal de ferrocarril, y pronto vendrían los ingenieros á estudiarlo.

LA CORUÑA, Septiembre de 1884.



